

Semblanzas

Centenario de Pedro Gil

Por Ergo Cesio

No baste recordar que Pedro Gil y Rosas (1875-1934), conocido también como Antuco Antúnez, blandió la pluma —en el sentido menos tropológico de la palabra— cual un caballero de las letras. Y lo hizo con elegancia, gracejo, erudición y propiedad idiomática que debieron depararle un mejor lugar en nuestros panoramas literarios. Valuamos su ley de cerca cuando optó por quedarse en esta casa mercuriana. Con maestría manejaba el verso y la prosa; el octosílabo y el soneto, la nota cotidiana seduda y el artículo periodístico de fondo, y aún aquel que se puede aderezar con especias de ingenio y humor aflorados desde la sangre de una índole personalísima.

Existen testimonios de que, al ser solicitado surfalló en un concurso familiar, decidió con paternal eclecticismo: *En las piezas del certamen / sometidas a mi fallo, / en dura decisión me hallo / para expedir un dictamen. / Y digo, atento a las galas / o vicios de que están llenas, / o que todas son muy buenas / o que todas son muy malas.*

Denodado divulgador de las cualidades clásicas del estilo literario y el periodístico, quebró lanzas en aras del respeto a las exigencias impuestas por las síntesis,

recordando acaso con majadería la respuesta del orador griego: "No tengo tiempo de ser breve". Y así también iluminó la eficacia de la perifrasis cuando se la envuelve en eufemismos: "No sé, en realidad —ilustraba el caso con este ejemplo de don Enrique MacIver—, cómo calificar a esa persona; no encuentro el término apropiado, que se me escapa en este momento; pero a mí me parece que este señor, perdónesele, es un ladrón". Conclusión la cita recalando que si la síntesis es la franqueza, la perifrasis es la síntesis envuelta en algodones.

Con armas muy propias suyas se enfrentó Pedro Gil a los excesos estropeadores de la prosa, y culpaba directamente a la tautología, al pleonismo vicioso y la pobreza de vocabulario: "morigerado de costumbres"; "desde hace años atrás"; "los acuerdos acordados"... Lo repetía jocosamente. En la adjetivación recomendaba tener presente el apotegma de Voltaire: "No hay peor enemigo del sustantivo que el adjetivo", pues éste le viene en la mayoría de los casos "como a un santo cristo un par de pistolas", aducía el criollo censor.

Profesional cuidadoso,

ensalzó las bondades de la gramática al servicio de escritores y periodistas, y no retrocedió al señalar el "delito de gerundio"... Porque el secreto de este precioso recurso del español radica en que expresa antelación o coexistencia con respecto a su verbo: "Habiéndole reconocido yo la deuda, me tendió su mano; y después el bribón me recibía el dinero observándome pícaramente". Ejemplos con los cuales procuramos interpretar al maestro.

Como petroglifos o como lápidas seculares miraba él las frases tópicas, o lugares comunes, porque para algunos o tienen valor documental o expiden aromas sentimentales, y nunca dejarán de verse. Pues aún perviven, entre otras expresiones: los abnegados defensores de la propiedad; el voraz elemento; el integérrimo magistrado; el cable, con su frío laconismo; nuestro activo alcalde; en franca convalecencia; afortunada pesquisa; una pista segura; una severa capilla ardiente; el hábil estafador; el apuesto jinete; la gentil amazona; el vehículo, cuyo conductor iba en manifiesto estado de ebriedad; el funesto vicio del alcoholismo... Falta aún: montado en brioso corcel. Es más; ya en esos años adelan-

taba la observación que en estos días nos hace el doctor Rodolfo Oroz: "Aquí tenemos vergüenza —decía Pedro Gil— de pronunciar las eses finales por temor de que nos motejen de redichos".

En punto a ortografía estaba del lado de la ge, y no de la jota de Bello, prefiriendo, por ejemplo, *género* y *gigante* a "jénero" y "jigante". Y agradecía a "El Mercurio" la "sensata y tenaz campaña en pro de la adopción, siquiera para nuestros organismos oficiales y docentes, de la ortografía académica".

Han pasado años desde nuestra intimidad con este artesano de la pluma que no necesitó de los favores de la "Underwood".

El centenario del nacimiento de Pedro E. Gil y Rosas se cumple en estos días, y quienes le conocimos y tratamos muy de cerca no podíamos ignorar ahora este para nosotros significativo suceso. El autor de "Sin ton ni son", de sonetos laureados y de piezas teatrales y director y redactor de diarios y revistas amó y dignificó amplia y admirablemente su oficio —su pasión—, para legarnos en su labor ricas vetas ante las cuales no pasaríamos, pues, inadvertidos.



Bajo intensa y fría lluvia, en numeroso cortejo, encabezado por don Agustín Edwards MacClure y otros distinguidos personeros de esta empresa, lo dejamos en su tumba de tierra

húmeda en un atardecer de junio de 1934. Desde entonces nunca supimos cuándo deberíamos estar nuevamente en el recuerdo tan próximos a su imagen.

676172

los últimos noticiosos. ST-90. 16-XI-1975. P. 4.